

RELIGIOSIDAD POPULAR EN LOS BARRIOS DE MARACAIBO

Vivir en los barrios de Maracaibo es convivir con centenares de gentes que hace años abandonaron las laderas andinas y falconianas o las costas norteñas de Colombia en busca de una situación económica más estable y productiva. También el zuliano abandonó el "monte" porque Maracaibo le podía brindar una buena educación para sus muchachos.

Y aquí estamos todos: andinos y falconianos, colombianos y zulianos luchando por una mejor situación, "a ver si de pronto la suerte nos favorece".

Esta última frase está en boca de todos y es la que mejor refleja la situación de los barrios en esta engañosa ciudad. Engañosa y engañada porque a ella la presentan rica en fuentes de trabajo estable y productiva, cuando en realidad es todo lo contrario. Tanto la construcción (empleo ocasional, desempleo permanente), como el carrito por puesto, como las ventas de todo tipo (desde café y chimó hasta milagros y zahumerios), son trabajos que no le aseguran a nadie el pan para mañana. Y en esta tierra que mana leche y petróleo, esa clase de empleos y otros similares superabundan. Porque aquí no hay trabajo sólo "trabajitos" y "chances".

¿Qué trae el inmigrante que llega a la ciudad? Lo que el medio rural le proporcionó: un gran espíritu de lucha en medio de su sencillez, y una honradez a toda prueba. No viene en disposición de venderse o de comprar a otros, viene a trabajar limpiamente para que su familia sea alguien.

ANTONIO MUERZA

DANIEL PAZ

ACACIO BELANDRIA

¿QUÉ IGLESIA POR TANTO NECESITA EL HOMBRE DE BARRIO? ¿QUÉ IGLESIA DEBE ESTAR PRESENTE EN LA SITUACIÓN QUE VIVE EL MARGINADO? ¿QUÉ IGLESIA DEBEMOS CONTRUIR, FORMAR EN LOS BARRIOS DE ESTA POPULOSA CIUDAD?.

ASIMILANDO LA "ZULIANIDAD" EN ESPERA DE LA SUERTE

Lentamente este inmigrante va asimilando algunas características propias del maracaibero: abierto y fácil al trato, gran sentido del humor, tranquilo y conformista en su actuar; le cuesta romper con el pasado, en ocasiones es muy protocolar en su vestir y en algunas formas sociales. Pero sobre todo es regionalista, sin poder definir mucho qué es eso: ¿amor a la Chinita? ¿la gaita, el puente, o el lago petrolero?; ¿el sentimiento de que "Caracas se lo lleva todo y a nosotros nos dejan sin nada"? ¿el hecho de que aquí hay mezcla de obreros y profesionales en una misma familia? ¿el modo particular de expresarse en la región?. Es el conjunto de todo eso. Pero esta "zulianidad" no es algo que marca la vida del barrio. En los barrios aunque la gaita hace vibrar a la gente, este sentimiento de "zulianidad"

no aflora tanto porque ella está más que todo en los viejos maracuchos y en los profesionales nativos. Así llegamos a tener en los barrios de la ciudad un hombre producto de muchas características y de variados climas con una preocupación común que es la de mejorar su situación.

En medio de esta preocupación angustiante, además de buscar trabajo por dondequiera, uno de los recursos a que se acude es el juego de las loterías, el sellado del 5 y 6, y sobre todo la infinidad de rifas de todo tipo, actividad muy propia de esta región. Más aún, algunos programas de televisión crean en él una fuerte ansiedad de anotarse, de enviar millares de cartas, porque tal vez ahí estará su suerte, allí resolverá su problema.

El segundo recurso que tiene el hombre de barrio y al que se aferra como lapa encañonada son los partidos políticos, con sus comités de base, y sus grandes apéndices, los sindicatos. Ellos sí proporcionan trabajo, ellos sí aseguran un porvenir más o menos bueno, a cambio de inscribirse, de la asistencia a las reuniones, del voto. ¿Qué importa que los partidos sean así o asao?; ¿qué importa que tengan esta o la otra ideología? Ellos dan trabajo al que se les humilla, al que se arrastra ante ellos; naturalmente que el mejor caballo en esta competitiva carrera es el partido de gobierno. Ellos manejan las arcas del tesoro nacional y por lo tanto están en mejores condiciones. ¿Planteamientos ideológicos? ¡No hay! Pero sí angustia. Existe hambre material, y hay que conseguir algo para educar a los muchachos. Los grupos políticos y sus líderes engañan, pisotean, pero queda siempre una esperanza: la de conseguir algo fijo. Por eso el hombre de barrio es el hombre de la esperanza. Pero también es el hombre quien, a pesar de su honradez campesina, llega a venderse y a comprar conciencias. Así se lo enseñan los partidos, el dirigente sindical, la guardia nacional, la policía y, sobre todo, los que están al frente de las oficinas públicas. "A todos ellos hay que tirarles algo".

"QUE DIOS NOS AMPARE"

También los santos y las ánimas benditas junto con todos los espíritus son una ayuda eficaz o al menos una esperanza para lograr lo que tan angustiosamente se busca: salud, trabajo, y estabilidad en él.

Un rápido recorrido por las iglesias nos hará descubrir que las intenciones de tantas velas prendidas, de misas ofrecidas y de donativos y milagros puestos al pie de las imágenes no tienen otra finalidad que la de conseguir una ayuda o la de dar gracias "por un favor alcanzado". Esta religiosidad ha hecho del hombre rural en la ciudad un hombre firme en su fe sencilla. Siempre la conservará y a su manera tratará de transmitirla a sus niños porque ella los mantendrá en el orden y el respeto. De aquí la preocupación de que sus hijos sean bautizados y hagan la primera comunión porque a través de estos dos ritos ya el niño está en contacto con la Divinidad que aleja los males y colma de bendiciones. En este mismo contexto entra de lleno el culto a los muertos, como la expresión más explícita y frecuente de su religiosidad marcada por lo afectivo-familiar.

EN BUSCA DE RECOMENDACIONES

Tener una "palanca" o compadrazgo es fundamental para el hombre de barrio. Con palancas las cosas caminan, sin ellas el pobre Juan Bimba seguirá siendo un triste Juan. El cura, el ingeniero, la familia tal, o el simple hecho de tener ciertos conocidos, son palancas que empujan. Ellos saben cómo es la cosa, ellos hablan y son escuchados. El hombre de barrio es muy consciente de esta realidad y por eso busca tener palancas. Porque él, aunque está muy claro en su dignidad de hombre y de los verdaderos valores, siente perfectamente que en esta sociedad el pobre no vale, no tiene entrada en ninguna parte, si no va recomendado por alguien.

Toda esta situación crea en el hombre de barrio un estado de dependencia muy fuerte. Tiene temor a pensar, a hablar, a obrar por cuenta propia. En la intimidad sí lo hace y es rebelde, pero en público las cosas son distintas, hay que utilizar cierta política. Porque en los momentos actuales ser honrado, ser veraz, expresarse libremente es exponerse a no comer por mucho tiempo.

NUESTRA RESPUESTA

¿Qué hacemos los sacerdotes frente a toda esta realidad? En las parroquias promovemos rifas, verbenas, peregrinaciones, con el fin de obtener ganancias para invertir las en las obras parroquiales. De esta manera confirmamos más y más a la gente de que hay que seguir buscando la suerte.

Nuestra economía depende también, y sobre todo, del número de misas que nos manden celebrar, de la administración de sacramentos, de los funerales, de los lampadarios, de las limosnas y de las fiestas patronales. No es todo esto a lo que más tiempo dedicamos, pero es a lo que más nos sentimos obligados. Para el pueblo sencillo ese es nuestro primer deber y por lo tanto es lo que más nos exigen. Con todo esto evidentemente estamos reforzando, y de una manera muy eficaz, la idea del Dios mágico, del Dios salvavidas, del Dios paternalista. Ni la sociedad ni la religión han logrado infundir en el hombre trabajador el sentimiento de que él es el co-creador, el constructor de la ciudad nueva. El hombre de barrio, aunque rechaza el ser mendigo, actúa como tal en sus relaciones con los que tienen y pueden: Dios, los santos y los poderosos de la tierra.

Hasta ahora en los barrios de Maracaibo no existe ninguna comunidad cristiana madura. Una comunidad tal, que aún en lo económico se haga responsable de sus obras y de su presidente. Lo que existe son masas de católicos. Muchos de ellos, los practican-tes, colaboran con el sacerdote en las obras que él ha fundado en la parroquia creada en base a límites geográficos. La manera de conducir la parroquia la impone el sacerdote, las iniciativas para su mejor marcha no nacen de los feligreses. Sin él la parroquia no camina. A pesar de no haber pertenecido al territorio parroquial sin embargo hoy el está encargado de la parroquia y un día la entregará a otro sacerdote. Mientras tanto el párroco busca dinero de todas las maneras posibles para su sustento, y para el mejor mantenimiento y mejoras de la parroquia que hoy es suya. Uno de los muchos recursos a que acude es a los organismos oficiales, donde por supuesto, los jefes de oficina son los hombres del partido de turno. Ya de por sí toda esta situación hace que los sacerdotes formemos parte de todo un sistema político injusto que obliga al marginado a pasar hambre si no se doblega a sus caprichos. Nuestra actitud de pastores no es de denuncia evangélica; por el contrario, es de participación activa en el actual sistema.

Decíamos que el hombre de barrio recurre a las palancas. Nosotros los sacerdotes somos las primeras palancas y las más accesibles. Nos llaman "Padre" y ejercemos nuestra paternidad consciente e inconscientemente. Ellos se sienten nuestros hijos y nosotros los tratamos como a tales sin hacer muchos esfuerzos por educarlos en la libertad.

Por toda la situación descrita pareciera que en general los sacerdotes en vez de denunciar, en vez de liberar más bien somos parte del sistema que está oprimiendo al marginado. Lamentablemente así es en la generalidad de los casos.

...CAMINOS NUEVOS

Si somos fieles al evangelio, y queremos seguir las directrices que nuestros Obispos latinoamericanos nos dictaron en Medellín, estamos en la obligación de construir una Iglesia comprometida y liberadora EN Y CON EL PUEBLO OPRIMIDO.

Conocedora de los problemas no de una manera teórica ni tan siquiera por un contacto con la realidad, sino porque vive, sufre, es parte de ese mismo pueblo. Una Iglesia que no sólo sufre los problemas sino que se compromete con el pueblo, busca, lucha, se esfuerza por solucionarlos. Una Iglesia que a través de esta lucha ayuda a que las personas se hagan conscientes liberándolas de su aplastante sueño. Una Iglesia profética, que denuncia sin miedo, con hechos y palabras toda la situación de opresión que estamos padeciendo. Una Iglesia fermento, "pequeño grano de mostaza", que a la manera de las raíces de un árbol vaya penetrando en la vida de los hombres. No se trata de abandonar la masa y dedicarse a pequeños grupos. Hay que crear grupos en función de la gran masa que despierten, que cuestionen, que se adentren en ella de tal manera que el pueblo todo participe en su propia liberación. ¿Hasta cuándo estaremos atendiendo a todos sin atender a nadie? Nuestro servicio, nuestra disponibilidad no pueden ser anárquicos, sin objetivos precisos.

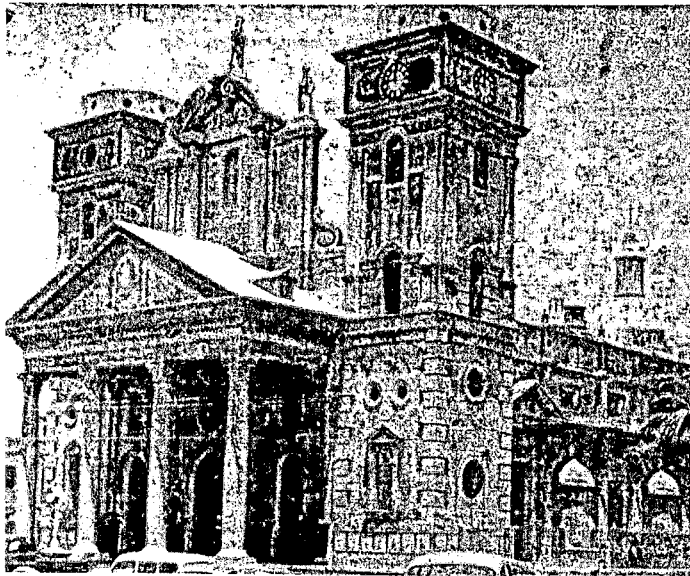
Hasta ahora la Iglesia se ha establecido en los barrios a través de una capilla, de un decreto episcopal y del nombramiento de un párroco. Desde ese momento las consciencias de los pastores (Obispo y Sacerdotes) quedan tranquilas, porque hay quien atiende las exigencias religiosas de las 20.000 "almas". Es necesario buscar formas distintas no de establecer la Iglesia, sino de construir la Iglesia desde la misma base. Es necesario que haya sacerdotes, religiosas y laicos que, viviendo la opresión del pueblo y despojados de esquemas clericales, se propongan seriamente hacer la Iglesia de personas, formando grupos de cristianos a base no de "sacramentales" sino de evangelio; grupos de cristianos para quienes la capilla, el sacerdote tal, o el cursillo cual, no sean los puntos de referencia sino el evangelio aceptado con todas sus consecuencias en lo que supone de lucha y de enfrentamiento en esta sociedad injusta.

DIFICULTADES

Dada la realidad de "cristiandad" que vivimos es fácil llegar a tener una Iglesia con las características descritas. En general, el clero no ve claro, y, sobre todo por la posición que ocupa en la sociedad le es difícil sentir en carne propia toda la situación de opresión de angustia que viven los marginados. Por otra parte los pocos seglares promovidos están en dos posiciones distintas: unos en una línea espiritualista; otros, intentan hacer algo pero apartados de la Jerarquía. Ni unos ni otros son una ayuda eficaz para la creación de la Iglesia que Cristo nos dejó plasmada en el Nuevo Testamento.

Una tercera dificultad sería de parte de la misma gente. Hemos dicho que al maracucho le cuesta romper con el pasado; es tradicional, y, aunque parezca contradictorio con su carácter guachafitero y confianzudo, en ocasiones también es protocolar.

Además podemos decir que la religiosidad de este hombre es una religiosidad utilitaria. Todo este modo de ser y de actuar evidentemente frena bastante el esfuerzo por la formación de una Iglesia más sencilla, más ágil, más exigente. Pero no negamos que el hombre de pueblo de esta gran ciudad tiene otras características que favorecen enormemente una nueva visión de Iglesia. La alegría, la generosidad, la sencillez con que todo el mundo se trata, la hospitalidad, son factores que ayudan mucho para la formación de comunidades auténticas.



A pesar de estas y otras dificultades sin embargo hay pasos que se deben dar en orden a la creación de comunidades cristianas vivas, que se sientan realmente misioneras en el mundo popular.

Por de pronto debe haber: 1. Una puesta al día de todo el clero (cosa que ya se intenta hacer, sin muchos resultados); 2. También una toma de conciencia de la situación de opresión que vive la gente de los barrios; 3. En las parroquias ya establecidas, a donde nuestros cristianos acuden en búsqueda de sacramentos y sacramentales se debe insistir en la dimensión comunitaria y social del sacramento, en la unión de éste con la vida, ellos son signos de unión, amor y compromiso con los hombres. 4. Deben nacer equipos de sacerdotes, religiosas y laicos quienes, encarnados en el medio popular y sin estar atados a instituciones educacionales o parroquiales, formen los grupos de cristianos ya mencionados. Grupos que un día deben llegar a tener sus propios dirigentes. 5. En cuanto a los medios de comunicación social, la Arquidiócesis cuenta con un diario y dos emisoras. Hoy por hoy no son elementos concientizadores. Por el contrario, no se distinguen en nada de los otros periódicos y emisoras de la ciudad que están totalmente al servicio de la sociedad de consumo. Son órganos adormecedores. Esos tres medios deben estar al servicio del pueblo oprimido. "He venido para dar libertad a los oprimidos" (Lc. 4, 18). Esta es la misión de la Iglesia. Para esto es propietaria de estos tres medios: para mejor cumplir su misión.

Estos serían algunos de los muchos pasos que se deben dar, si queremos una Iglesia que responda a la vida del hombre que un día abandonó su pequeño pueblo y su campo para buscar en la gran ciudad los medios que le ayudarán a crecer como persona en la Verdad y en la Libertad.